

La teoría crítica antes del eclipse

Lisette Silva

John Abromeit, *Max Horkheimer and the Foundations of the Frankfurt School*. Nueva York, Universidad de Cambridge, 2011.

El Instituto de Investigaciones Sociales, del que surge la Escuela de Fráncfort, ocupa un lugar sin parangón respecto a la reflexión teórica del siglo XX, en primer lugar, por la puesta en marcha de un centro de investigación social interdisciplinario, el cual buscaba comprender, a través de la crítica económica y la reflexión filosófica, sociológica e histórica, a la sociedad capitalista tal y como se presentaba en ese momento —su desenvolvimiento, sus contradicciones y, ante todo, las posibilidades que ésta tenía de alcanzar su superación en una sociedad poscapitalista. Es de igual manera relevante por la metodología con la que intentó vertebrar tal esfuerzo; tal método, cuyos ejes teóricos estaban dados a partir de un marxismo no tradicional u ortodoxo, del psicoanálisis elaborado hasta ese entonces por Sigmund Freud y de la lógica dialéctica, llevó por nombre teoría crítica. Notorios son también, sin duda, los pensadores que perpetraron esta osada labor: Herbert Marcuse, Theodor W. Adorno, Erich Fromm, Friedrich Pollock, Franz Neumann, Walter Benjamin y Max Horkheimer, entre otros.

Establecer hasta qué punto ambas ideas, la investigación interdisciplinaria y el método *ad hoc*, fueron fraguadas y llevadas a cabo por el filósofo alemán Max Horkheimer, es uno de los fines del libro de John Abromeit, *Max Horkheimer and the Foundations of the Frankfurt School*. Empero, no es tal el único objetivo de este libro, ni quizás tampoco el principal. Lo que Abromeit se propone, en esta exhaustiva biografía intelectual de Horkheimer, es mostrar la relevancia y la actualidad de la teoría que este pensador alemán desplegó durante las décadas de los años veintes y treintas del siglo XX, o lo que Abromeit llama la temprana o primera teoría crítica.

Se trata de un libro que recobra un pensar profundo y excepcional, y sin embargo, sumamente descuidado, pues aunque la obra de Max Horkheimer fue tal vez una de las reflexiones más críticas y originales del siglo XX, su discurrir ha sido poco analizado. A pesar de la influencia que este filósofo tuvo,

primero, entre aquellos pensadores que se reunieron en torno a su labor en el Instituto, así como posteriormente, de manera menos evidente, a través de la teoría crítica, su pensamiento parece permanecer en la sombra.

Por ello, la lectura de este texto resulta muy sugestiva, pues John Abromeit consigue entrelazar los acontecimientos biográficos de este testigo excepcional del siglo pasado con la reflexión filosófica que, tanto él como los pensadores con los que colaboró estrechamente, fueron desplegando a partir de acontecimientos como la Primera Guerra Mundial, la instauración de la República de Consejos de Múnich, las luchas intestinas entre la izquierda alemana, la llegada del nazismo al poder y la subsecuente persecución desatada por este régimen —la cual Horkheimer sufrió por su doble condición de judío y de intelectual de izquierda—, la exclusión y el exilio. Aunque, como el autor indica, “en general el enfoque está dirigido primariamente —y sin intento alguno de apología— al pensamiento de Horkheimer. El examen de los detalles biográficos de la vida de Horkheimer o de aquellos que lo influyeron está, en la mayoría de los casos, limitado a lo que resulta indispensable para explicar el desarrollo de sus ideas” (p. 2. La traducción de todas las citas es mía).

Si bien el libro únicamente abarca la primera mitad de la vida de este pensador y, por tanto, sólo atiende la obra que Max Horkheimer realizó en esta etapa, es decir, desde su nacimiento en 1895 hasta la escritura conjunta con Theodor W. Adorno del texto por el que es más reconocido, *Dialéctica de la Ilustración*, en 1941, podría pensarse que en ese sentido es una especie de estudio introductorio a esta paradigmática obra, cuando resulta lo contrario. Lo que Abromeit busca con su investigación es exponer, en primera instancia, cómo se desarrolla de manera paralela el trabajo teórico de Horkheimer con —tal como lo dice en el título— la fundación de la Escuela de Fráncfort y subsecuentemente mostrar que esta primera etapa de la labor horkheimeriana es más fructífera para el debate teórico contemporáneo que aquella que se articula en el análisis expuesto en *Dialéctica de la Ilustración*, por lo que representa una alternativa más completa y cercana para comprender la realidad actual:

Creo que los primeros trabajos de Horkheimer no sólo fueron su mejor momento, sino que también tienen un mayor potencial para contribuir a los debates contemporáneos y a los intentos de renovar a la teoría crítica. La primera teoría crítica de Horkheimer es mucho menos familiar hoy en día que *Dialéctica de la Ilustración* o que *Crítica de la razón instrumental*. El compromiso de Horkheimer, en los años treinta de expresarse sobre todo en ensayos (y aforismos) en lugar de libros, ha contribuido al descuido e indiferencia hacia sus primeros escritos (p. 2).

Respecto a la biografía intelectual de Horkheimer, el trabajo de Abromeit es realmente puntual; sus primeros años y las relaciones que entabló durante éstos son expuestos a detalle, sobre todo aquellos que, como ya se decía, resultan indispensables para comprender el devenir intelectual de este pensador. El hecho de haber crecido en una familia judeo-alemana muy asimilada, la cual en realidad no tenía casi ningún tipo de relación con su religión, y el que su padre fuera un empresario muy importante en su región e incluso recibiera un premio por sus aportes a la nación muestran hasta qué punto Max Horkheimer era el prototipo del judío alemán asimilado que el nazismo buscó y consiguió exterminar. De igual manera, fueron determinantes la relación con su madre, cuyo amor incondicional resuena aún en escritos tales como *Autoridad y familia*, y su encuentro a temprana edad con Friedrich Pollock, el cual lo marcó profundamente, no sólo en un sentido vital e íntimo, pues su amistad se alargó por sesenta años, sino de manera teórica —fue él quien le “presentó” a Arthur Schopenhauer y con ello lo acercó a la filosofía—; con Pollock vivió en Múnich durante la República de Consejos y ambos fueron testigos de la cruenta represión que la zanjó y mientras ésta duró ayudaron a varios dirigentes a esconderse y a huir; con él también conoció en 1919, a Felix Weil con quien pensaron, en ese mismo año, y consiguieron llevar a cabo, en 1923, la creación del Instituto de Investigaciones Sociales.

Asimismo, John Abromeit devela la huella indeleble que dejó en la memoria del joven Max Horkheimer la experiencia de la Primera Guerra Mundial y cómo este acontecimiento determinó en muchos sentidos sus preocupaciones políticas y filosóficas, pues fue durante la conflagración —porque no pudo evitar ser enlistado— que Horkheimer se hizo consciente del alto grado de antisemitismo y antiintelectualismo de la clase baja alemana. Pero también fue la guerra la que llevó a este intelectual a las aulas: “[...] la idea de estudiar en la universidad no había venido a mí hasta casi el final de la guerra, cuando me di cuenta, por completo, de la locura que en realidad era ésta” (p. 51). Durante esa época, Horkheimer escribió una serie de novelas, cuyas tramas Abromeit va entrecruzando con los sucesos de la vida de este pensador y encuentra, a través de dichas narraciones, las simientes del discurrir horkheimeriano.

De este modo, poco a poco, se va armando el entramado que llevó a este pensador alemán a formular una particular visión crítica de la sociedad y de la época en la que estaba inserto, pero también a buscar las herramientas necesarias para comprender los factores sociales, psicológicos y económicos que determinaban tal acontecer; por ello Horkheimer decidió ir a Fráncfort y comenzar ahí una carrera académica. Cardinal resulta asimismo su encuentro en la Universidad de Fráncfort con Hans Cornelius, su principal mentor, y la persona por la cual Horkheimer descubrió la importancia de la investigación interdisciplinaria —sin lugar a dudas, una de las piedras de toque de la Escuela

de Fráncfort. Esta primera etapa de la vida y de la obra de este filósofo conforma la parte propiamente biográfica del libro; a partir de aquí el texto de Abromeit se centra más y más en los aspectos teóricos de éste pensador.

Así, el autor va sumergiéndose —y el lector con él— en las distintas fuentes de las que Horkheimer abrevó. En primer término, Abromeit analiza el minucioso escrutinio que Horkheimer realizó sobre la historia de la filosofía moderna europea; así como de la original interpretación materialista que hace de ella. El libro continúa con una exploración del lugar que el pensamiento de Marx ocupa en la obra temprana de Horkheimer y la distancia crítica que éste toma de otras glosas marxistas de contemporáneos suyos, tales como Lenin, Mannheim o Lukács. Esta parte va estrechamente aunada a un pormenorizado estudio de *Dämierung*.¹ Este texto horkheimeriano, urdido a través de aforismos y metáforas es, a decir de Abromeit, la obra más abiertamente socialista escrita por este filósofo, en él, Horkheimer da rienda suelta tanto a sus ideas como a su estilo, pues la forma corta y concreta del aforismo, así como las imágenes que éste sugiere, conservan los rezagos del joven novelista que fue, pero con la rigurosidad del crítico social. En *Dämierung* se delinean con claridad las diversas formas como se reproduce la sociedad capitalista, así como el papel que en esto juega “el conocimiento y la ignorancia, las acciones y la inacción, la conducta, las actitudes y los sentimientos de los individuos concretos” (p. 158), del mismo modo, Horkheimer busca expresar en él, qué podría hacer viable la superación de esta forma social:

El papel del intelectual, para Horkheimer, no está simplemente en estudiar las leyes que rigen el capitalismo ni para imponer a la fuerza la conciencia correcta sobre las “masas ignorantes”, sino más bien funciona como un tábano —es decir, como alguien que nunca deja de insistir en el potencial aún no realizado por una sociedad más racional y humana, así como en las fuerzas que obstaculizan la realización de este potencial. Pues una sociedad mejor sólo puede llevarse a cabo a través de los esfuerzos *conscientes* de sus miembros y no a sus espaldas. Horkheimer lo expresa así: “El orden socialista no es impedido por la historia mundial; es históricamente posible; pero se hace efectivo, no por una lógica inmanente, sino por hombres decididos por lo mejor, formados en la teoría, o no se hace nunca” (p. 168).²

La integración del psicoanálisis a la teoría de la sociedad capitalista contemporánea que Horkheimer estaba desarrollando fue, sin lugar a dudas, un

¹ Hay una traducción al español: Max Horkheimer, *Ocaso*. Trad. de José M. Ortega. Barcelona, Ánthropos, 1986.

² La cita del texto de Horkheimer se encuentra en M. Horkheimer, *op. cit.*, p. 52.

partearguas en su discurrir. La teoría crítica simple y sencillamente no puede concebirse sin el encuentro de Max Horkheimer con Erich Fromm, puesto que a través de él se aproxima a la teoría psicoanalítica. Abromeit dedica a dicha coincidencia y al innovador trabajo empírico realizado por ambos varias de las mejores páginas de su libro. Hasta aquí con lo que respecta a la segunda parte del libro, es decir, los antecedentes y la conformación de la temprana teoría crítica. La tercera parte resulta aún más profunda y pormenorizada que la segunda, pues en ella Abromeit explora y analiza los tres ejes teóricos que guiaron esta etapa del pensamiento de Horkheimer, a saber: su particular concepto de materialismo, el desarrollo de una antropología de la época burguesa y sus reflexiones sobre la lógica dialéctica.

La segunda y la tercera parte de *Max Horkheimer and the Foundations of Frankfurt School* resultan las más densas y ricas —teóricamente hablando— de este libro: en ellas, el escrutinio al que Abromeit somete tanto a los textos de Horkheimer como aquellos de la literatura secundaria con la que debate resulta tan exhaustivo como crítico. En estas páginas centrales de su texto —tanto por la ubicación como por el contenido—, John Abromeit consigue enfrascar al lector en una obra de gran complejidad, no por la manera en la que fue escrita —el estilo de Max Horkheimer se distingue por ser siempre claro y accesible—, sino por la densidad teórica alcanzada. Así pues, la temprana teoría crítica está a la altura de las contradicciones de aquello que Horkheimer intentó siempre comprender y analizar de manera crítica: la forma y el devenir de la reproducción social capitalista, los antagonismos que la aquejan y el costo humano que ella significa.

Horkheimer aparece, al llegar a la cuarta y última parte del libro, como un pensador singular y riguroso, lleno de recursos, cuyo desarrollo teórico estuvo a la par de los acontecimientos definitivos que testificó. Y sin embargo —parece lamentarse Abromeit—, algo sucedió en el camino que hizo que se alejara de lo que hasta ese momento, y con tanto esfuerzo, había construido. A esta recusación de Horkheimer de su propio constructo teórico dedica Abromeit la última parte de su escrito. En ella, quizá la parte más arriesgada de su libro, el autor profundiza en ciertos aspectos, tanto de carácter biográfico como teórico, que habrían llevado a Horkheimer a romper con varios de sus presupuestos más importantes. Destaca la fractura con Erich Fromm y su salida del Instituto, así como el posterior acercamiento a Theodor W. Adorno, no sólo en un sentido afectivo, sino también, y de manera muy importante, teórico, pues el pensar de Adorno estaba fuertemente influido por la obra temprana de Walter Benjamin y por varios presupuestos teológicos que este autor esgrimía en ella. (Curiosamente, para esta misma época, el propio Benjamin estaba dándole un giro más materialista a su producción teórica, justamente por la influencia que tenía de Bertolt Brecht, Asja Lacis y el propio Horkheimer, p. 365).

No obstante, John Abromeit considera que lo determinante en este giro teórico de Horkheimer fue el compartir con Friedrich Pollock la idea de un “capitalismo de Estado”. Gracias a ello, Horkheimer transmutó su visión de la crítica de la economía política, mudanza que encuentra su expresión en *Estado autoritario*. A estos encuentros y desencuentros vividos en esta época por Horkheimer achaca Abromeit el significativo cambio de talante que, a partir de aquí, tiene la obra de este pensador, su alejamiento de la visión materialista histórica de la sociedad burguesa, así como la inclusión de conceptos de índole teológica y el creciente pesimismo respecto de la posibilidad de un cambio político.

Quisiera arriesgar aquí una observación acerca de la crítica que Abromeit desarrolla de la mutación teórica que sufrió Max Horkheimer a partir de los cuarentas. Aunque el autor analiza las diferentes razones por las que Horkheimer viró, pareciera que estos motivos compensan, a su modo de ver, lo que el filósofo alemán estaría desmantelando, pues el pensador dejó atrás no solamente un desarrollo teórico ejemplar, el cual incluía una exhaustiva revisión del pensamiento filosófico moderno, una aproximación al marxismo sin ortodoxias —que, sin embargo, reconoce que sólo la crítica de Marx puede proporcionar las herramientas necesarias para la comprensión de esta contradictoria forma social—, una profundización tanto en el estudio de la *Lógica dialéctica* de Hegel como en las distintas corrientes materialistas, así como el planteamiento de lo que podría llamarse una antropología de época burguesa; es decir, no sólo cambió y abandonó gran parte de esta labor teórica, sino que la confianza que había depositado en la investigación empírica fue mermando, igualmente, de manera paulatina.

La apuesta de Abromeit en torno al porqué de esta abrupta transformación es, indudablemente, pormenorizada; no obstante, a diferencia, sobre todo, de la primera parte del libro, donde con minuciosidad el autor entrelaza los factores biográficos con el discurrir teórico de Horkheimer, ahora se mantiene en la tesitura de las dos partes centrales de su escrito, es decir, analiza casi exclusivamente las cuestiones teóricas, las cuales ciertamente explican aspectos importantes de dicho cambio, aunque no bastan, ya que no son menores los acontecimientos históricos ni biográficos que se sucedían alrededor de dicha mudanza. Al inicio de los cuarentas, Max Horkheimer no sólo dejó atrás todo ese desarrollo teórico, también se derrumbó, frente a él, el mundo para el cual dicha teoría había sido concebida; pues el quiebre civilizatorio que ahí se dio no significa otra cosa que la creación de fábricas de la muerte, ante las cuales toda la construcción especulativa que había llevado a cabo se resquebrajó.

La reivindicación de la temprana teoría crítica en el presente libro busca sacarla de la sombra en la que hasta el momento se encuentra, ya que dicha propuesta teórica fue opacada por los textos posteriores de Max Horkheimer,

Dialéctica de la Ilustración y Crítica de la razón instrumental, los cuales –en opinión de Abromeit– presentan menos recursos especulativos para comprender a la sociedad actual que aquellos desplegados en la primera teoría crítica. Apasionante resulta esta lectura, pues a través de sus líneas se desvela un pensamiento vigente, pero sobre todo urgente, dada la presente situación social. Con mirada penetrante, Abromeit dilucida qué de actual tiene aún este pensamiento, pues tanto para él como para Horkheimer, “la búsqueda del conocimiento no es el establecimiento de verdades eternas, sino más bien el mejoramiento de las vidas de los seres humanos finitos” (p. 432).